

BAJO EL SOL DE CRETA

Jenny Ashcroft

Traducción: María Inés Linares



“Recuerdos de Grecia durante la guerra”. Transcripción de la entrevista de investigación realizada por M. Middleton (M. M.) al sujeto diecisiete (#17) en British Broadcasting House, 4 de junio de 1974.

M. M.: ¿Usted ya conocía bien Creta antes de la ocupación?

#17: Sí.

M. M.: ¿Y La Canea?

#17: Especialmente La Canea.

M. M.: Tengo entendido que la ciudad cambió mucho con la invasión.

#17: Toda la isla cambió.

M. M.: Sé que fue muy bombardeada...

#17: Mucho más que eso.

M. M.: ¿Por qué lo dice?

#17: [Se sirve un vaso de agua]. Desapareció la libertad, desapareció la seguridad, Creta quedó aislada de casi todo [bebe agua], usted tiene que entender lo que fue.

M. M.: Tal vez usted podría ayudarme.

#17: Se convirtió en un mundo en sí mismo, todos nosotros estábamos allí y eso era todo. Tremendamente aislados, la vida afuera parecía... [busca la palabra] teórica.

M. M.: ¿Teórica?

#17: Irreal, suspendida mientras duró la guerra. No se respetaba ninguna de las reglas habituales o, al menos, uno olvidaba que debían respetarse.

M. M.: ¿Y ha vuelto usted desde entonces?

#17: No.

M. M.: A algunos les parecerá extraño que usted hable de todo esto ahora, después de tantos años.

#17: Seguro que a algunos sí.

M. M.: ¿Y qué les diría?

#17: Que tienen toda la razón.

M. M.: ¿Puede explicar por qué hace esto?

#17: [Silencio largo]

M. M.: ¿Un encuentro?

#17: [Suspira y mueve la cabeza].

M. M.: ¿Tal vez un nuevo recuerdo?

#17: No, no, siempre lo he recordado todo.

M. M.: ¿Entonces?

#17: Últimamente me he sentido... mal.

M. M.: Lo siento.

#17: Sí [suspira profundamente]. Más bien... saber que la vida de uno está llegando a su fin... la ilumina [hace una pausa]. Si en verdad va a haber un gran ajuste de cuentas al final, entonces el mío es inminente de una manera sobrecogedora.

M. M.: ¿Y cómo cree que le irá?

#17: Mal.

M. M.: ¿Se siente culpable?

#17: Sí, sí, me siento culpable.

M. M.: ¿Pero de qué exactamente?

#17: De muchas cosas [tose]. Todos los días.

ANTES DE LA GUERRA

CAPÍTULO I

Creta, junio de 1936

ESE VERANO SE PARECÍA AL COMIENZO DE MUCHOS OTROS veranos. Eleni iba sentada junto a su abuelo en el amado Cadillac familiar que recorría la polvorienta carretera costera desde La Canea. Tenía la piel pegajosa por el sudor bajo el traje de viaje con falda, tan apropiado en Portsmouth pero demasiado grueso en Grecia, demasiado apagado, del mismo gris que el persistente frío inglés. Eleni no se detuvo ni un segundo a pensar que el verano que tenía por delante pudiera ser diferente. ¿Por qué iba a ser así? Veraneaba en Creta desde que era un bebé y estas serían sus decimonovenas vacaciones allí. Confiaba plenamente en lo que le esperaba en la isla.

La carretera se volvía más tranquila cuanto más se alejaba el coche de Yorgos, su papou, del centro bullicioso de La Canea. No había otros vehículos en el zigzagueante puerto de la colina, solo algún granjero con un burro de carga o cabras que pastaban en el calor seco y dorado. Yorgos los adelantó a todos a una velocidad que el padre británico de Eleni habría calificado de temeraria de haber estado allí, pero que ella casi no notó. Echó la cabeza hacia atrás para sentir el viento cálido en los ojos cansados, el

brillo menguante del sol como si fuera un paño caliente en la cara; sin prestar atención al roce de las ruedas del Cadillac contra el borde del acantilado, se deleitó con el alivio de haber terminado por fin su odisea de tres días por Europa. Ese año había viajado sola. Timothy, su padre, capitán de la Marina, se había hecho a la mar durante el verano. Él quería que Eleni viajara con su acompañante habitual: una profesora jubilada a la que llamaban señorita Finch, pero la señorita Finch se había roto una pierna jugando al croquet la semana anterior, por lo que Timothy no había tenido tiempo de contratar a una sustituta y no tuvo más remedio que ceder a las promesas de Eleni de que podría hacer el viaje sola. Y felizmente así había sido, aunque lo sentía por la señorita Finch (y, sí, pobre señorita Finch), había sido un alivio no tener que pasar interminables horas asintiendo con la cabeza a las historias de sus sobrinas y sobrinos y de los muchos conejos que tenía de mascotas; había sido liberador poder decidir por sí misma cuándo tomar una copa, leer o simplemente mirar por la ventanilla del vagón en silencio.

Y ahora estaba allí.

Allí.

Ladeó la cabeza hacia abajo y hacia el mar, una tela brillante teñida de rosa por el crepúsculo, cortada en dos por los surcos del transbordador que la había traído desde Atenas. Lo observó alejarse hacia el horizonte con la mirada ausente y se preguntó quiénes irían ahora en él, qué clase de vida llevarían. Mientras tanto, Yorgos hablaba elevando la voz ronca para hacerse oír por sobre el sonido del motor; interrogaba a Eleni sobre su paso solitario por Francia y por la Italia de Mussolini. Le hablaba rápido en griego, sin concesiones a los meses que habían pasado desde la última vez que ella había utilizado el idioma; toleraba mal que no fuera esa su lengua materna.

—¿Fueron puntuales los trenes?

—Sí, bastante —dijo ella—, *ola kala*.

—¿No había mucha gente?

—No.

—¿No tuviste problemas en Italia? Los camisas negras...

—No vi casi ninguno —respondió—. Solo en la frontera.

El trato áspero de los soldados al revisar su documentación había sido incómodo, pero Eleni ya había sobrevivido a esa prueba muchas veces. Después de todo, los fascistas gobernaban Italia desde que ella era una niña. Sabía mantenerse inexpresiva mientras los hombres la examinaban primero a ella, luego sus papeles, después a ella otra vez. Se había distraído mirando los carteles de las vías del tren. “Mussolini nunca envejece en sus fotos”, había reflexionado. “Al parecer, se afeita la cabeza para que nadie adivine que está encaneciendo”.

—No me interesa esa gente. —dijo Yorgos.

—Tú empezaste.

—Y ahora termino. ¿Comiste bien?

—Mucho.

—¿En serio?

—Sí —sonrió—. En serio.

Él gruñó, incrédulo.

Sin dejar de sonreír, ella no trató de convencerlo.

Su abuelo nunca se convencería de que ella comía bien en otro lugar que no fuese Creta. Se obsesionaba con su alimentación. Le daría de comer hasta septiembre, y no estaría satisfecho hasta que Eleni volviera a casa con al menos un kilo de más para pasar el invierno británico. Ella engordaba con notable facilidad, pero no se sentía tan contenta como él por ello. “¿Por qué?”, le preguntaba Yorgos. “¿Acaso quieres ser una de esas modelos de revista?”.

A ella no le importaba demasiado.

Yorgos le llenaría el equipaje de frutas y verduras para el

viaje de regreso a Inglaterra porque se negaba a aceptar que allí se pudiera conseguir comida que no estuviera quemada. Eleni se llevaría la pesada caja a pesar de que era un fastidio cargarla; la fruta se echaría a perder inevitablemente y ella no la necesitaba, pero odiaba decirle que no porque sabía cuánto le atormentaba la certeza de que la dieta británica había matado a la madre de Eleni. Como si los tomates, las aceitunas y las espinacas hubieran podido salvarla de la gripe española.

Tal vez podrían haberla salvado.

—Ya llegamos —dijo él al doblar la curva que Eleni había estado esperando y se desvió hacia el camino empinado de rocas y flores silvestres que conducía a la villa.

Apoyó los pies con fuerza en el suelo del coche para no tambalearse mientras avanzaban a toda velocidad, y sintió una oleada de alegría al ver la casa rodeada de arbustos de buganvillas.

No había cambiado. Nunca cambiaba.

La miró y absorbió su esencia, siempre igual.

No tenía un lugar al que pudiera llamar hogar en Inglaterra. Se había mudado con su padre, Timothy, en innumerables ocasiones en los alrededores de Gosport, donde estaba la base naval de Portsmouth; con cada ascenso que él conseguía, el cuartel al que lo destinaban tenía más comodidades (una letrina interior, agua caliente corriente, ese tipo de cosas). Timothy tuvo que pasar largas temporadas en África cuando Eleni cumplió once años, así que los dormitorios del internado se agregaron a la variedad de sitios donde le había tocado vivir. Al cumplir quince años ella volvió a Portsmouth a terminar el bachillerato porque él consiguió un trabajo de oficina. Ahora acababa de graduarse y no estaba segura de lo que vendría después, solo de que su padre confiaba en que ella estuviera esperándolo en su nueva casa —una moderna vivienda unifamiliar con jardín

y garaje— cuando él volviera de su patrulla de verano por el mar de Libia. (“Siento una especie de... agujero cuando no estoy contigo”, le había dicho al despedirse de ella en los muelles, sin tocarla ni mirarla a los ojos. “Cuidate. Te echo de menos, querida. A mi manera.”).

Esta villa era el lugar que siempre la recibía. Estaba encaramada en el codo de tierra entre La Canea y Suda con vistas al mar y, como gran parte de Creta, construida al estilo de los venecianos que habían ocupado la isla antes de que los turcos la invadieran, allá por el siglo xvii. No era grandiosa y necesitaba reparaciones en algunas partes, pero para Eleni, aplastada por la monotonía funcional de Gosport, las imperfecciones no hacían sino acrecentar su belleza. Las paredes de terracota, agrietadas por el tiempo, maltratadas por siglos de calor y de viento, eran tan pálidas como la pulpa de un melocotón, y los postigos tan azules como un cielo neblinoso. Crujían con la brisa que llegaba de la costa por la noche, y ella los escuchaba reconfortada por la idea de que su madre debió de hacer lo mismo alguna vez.

—Y ella te mira —dijo Yorgos, como hacía siempre al detenerse ante la puerta principal. Apagó el motor y se sumieron en un silencio que solo rompía el canto de las cigarras y el chapoteo de las olas—. Está feliz porque estás aquí.

Eleni sonrió.

Se bajó del coche lentamente y aspiró los aromas de la villa: el perfume cítrico de los limoneros, el polen de las buganvillas, el tomillo que crecía por todas partes. Cerró los ojos y se perdió en todos esos olores que había echado demasiado de menos.

No pensó en Yorgos que la observaba, ni en su gesto de satisfacción al verla tan contenta.

No pensó en nada, simplemente respiró.

Era su respiración favorita del año.

El aliento con el que realmente empezaba el verano para ella.

El aliento con el que su mundo monocromo se teñía de color y la soledad daba paso a la sensación de pertenencia.

El aliento con el que, por imposible que le resultara admitirlo ante su padre, volvía a casa.

Ya había oscurecido cuando fue a nadar y bajó las escaleras que un antiguo veneciano había tallado en la ladera. Alcanzó a oír a Yorgos atareado en la terraza preparando la parrilla para la cena. La luz de la lámpara de aceite se filtraba en la oscuridad y se unía al resplandor de la luna para ayudarla a iluminar el camino rocoso hacia abajo. Llevaba puesto el traje de baño debajo del albornoz y una toalla bajo el brazo. El elástico nuevo del traje de baño era rígido y se ceñía de tal forma que Eleni era consciente de lo poco que le cubría. Lo había comprado para el verano en la tienda Landport Drapery, en la calle Commercial Road de Portsmouth, con el dinero que había ahorrado trabajando como recepcionista los fines de semana en el Queen's Hotel.

“No lo desperdicies”, le había ordenado el señor Hodgson, su jefe, al entregarle su último salario.

Eleni se preguntaba si le daría instrucciones similares al personal masculino.

En fin, el traje de baño era azul marino con escote en forma de corazón, dejaba al descubierto de manera atrevida la parte superior de los muslos y a ella le encantaba. Era lo más glamuroso que había tenido nunca. No tenía ni idea de lo que iba a decir su *papou* cuando lo viera; tampoco sabía qué opinaría de los pantalones cortos que había comprado por impulso en Landport.

“No te los pongas, que nadie los vea”, diría probablemente.

Eleni se había tomado su tiempo para desempacar todo en el piso de arriba: desplegó sus vestidos de verano más

viejos y menos controvertidos, los colgó en el antiguo armario y se detuvo —por costumbre, por un viejo anhelo— en el tocador para mirar fijamente la fotografía que había allí: la única que existía de ella y de su madre. Se la habían tomado en un estudio de Portsmouth cuando Eleni tenía pocos meses y su madre no era mucho mayor que ella ahora: apenas tenía veinte años. Llevaba un abrigo de invierno, la sostenía envuelta en una manta y la tomaba de la mano. Eleni le rodeaba el índice con el puño, apretado y confiado. Había conocido a su madre, alguna vez, la había conocido.

Se parecían, incluso Eleni podía verlo. Sin contar el pelo rubio que había heredado de su padre, su madre le había dado todo lo demás: la piel aceitunada, la cara ovalada, las curvas. Yorgos decía que también compartían ciertos gestos. “Solía taparse la cara con las manos cuando se reía y jugueteaba con el lóbulo de la oreja cuando intentaba ignorar que yo la regañaba”. ¿Notaba el padre de Eleni esas similitudes? Nunca hablaba de ello si lo hacía. Y no había conservado fotografías, no le gustaban los adornos ni los recuerdos. Eleni deseaba que le gustaran, pero Timothy ni siquiera tenía un retrato de bodas en su ordenado escritorio.

Se estremeció. El aire de junio había refrescado desde el atardecer y su piel desnuda se estremecía ante la expectativa de la caricia líquida del mar. Alcanzaba a oír las olas lamer perezosamente los guijarros de la cala. Los griegos tenían una palabra para ese sonido efervescente que hacían: *flisvos*. Eleni pensó que era un sonido hermoso y se merecía una palabra propia,

Oscurecía cada vez más a medida que los escalones daban paso a la pequeña bahía privada y ella se alejaba de la luz de la lámpara de su *papou*. El mar estaba en calma más allá de la orilla poco profunda; un espejo para las estrellas, para el rayo de la luna blanca. Continuó avanzando sin

vacilar al quitarse el albornoz y dejarlo caer al suelo. Era la única forma de obligarse a entrar en esa época del año y a esa hora de la noche: sin detenerse a pensar.

Pero entonces se detuvo, sobresaltada por el crujido de una rama a sus espaldas. Se volvió y miró hacia la ladera sombría. Un animal, pensó, una cabra o un perro callejero. Esperó a ver si aparecía...

Pero no, nada.

—Bien, quédate ahí —dijo en griego para que la entendiera.

Corrió hacia el mar y se sumergió sin más preámbulos; contuvo la respiración mientras el frío cortante del agua le refrescaba la cara, los miembros perezosos y cansados. Nadó más profundo, una y otra vez; buceó de nuevo, buscó el fondo arenoso con los pulmones a punto de estallar hasta que no pudo soportarlo más y tuvo que salir a la superficie, jadeante. Se tendió de espaldas y flotó, con el pulso laténdole en los oídos y los ojos fijos en las estrellas —mucho más brillantes, mucho más cerca, lejos de las luces de Portsmouth—, pensando en la libertad de los meses que tenía por delante. La maravillosa realidad de estar tumbada en el mar Egeo mirando a Venus en vez de estudiar para los exámenes o fregar platos en Gosport.

No estaba segura de cuánto tiempo podría haber seguido a la deriva. No mucho, probablemente. Muy pronto, el frío del mar la habría sacado de su ensueño.

Pero la llamada llegó primero.

“¡Otto!”, sonó alto y claro desde la orilla, “¡Otto Linder!”.

Intrigada por la voz y el nombre desconocidos, Eleni se incorporó de una patada y buscó en la oscuridad de la noche a la persona que había hablado; la encontró enseguida en la orilla, distinguible por su vestido de noche blanco, una especie de silueta fantasmal. El vestido era largo y elegante, lo que hacía ver a su portadora más adulta de lo

que denotaba su voz, parecida a la de una niña. Eleni la observó, preguntándose quién sería y qué estaría haciendo en las rocas bajo la casa de Nikos Kalantis. Una casa que, ahora que Eleni miraba, tenía varias lámparas encendidas. Frunció el ceño. Solo había conocido la casa de Nikos vacía, él siempre estaba ausente por negocios cuando ella visitaba a su abuelo. (“No te pierdes de nada”, había dicho Yorgos en una ocasión).

¿Estaría allí ese año?

¿O habría alquilado su casa a unos turistas?

Desde luego esa chica no era griega, alemana tal vez. Últimamente se oía hablar más en alemán en Inglaterra; las noticias del cine pasaban las imágenes de Hitler gritando, las multitudes extasiadas que lo vitoreaban...

—¡Otto! —Otra vez ese nombre. Y después algo más—: ¿*Wo bist du?* —Definitivamente alemán. Y quejumbroso—. *Essen ist fertig.*

Luego otra voz: masculina, profunda y tan cercana que a Eleni casi se le salió el corazón por la boca.

—*Ich komme.*

“¿Ya voy?”

Eleni ni siquiera intentó comprender. Estaba mucho más preocupada por asimilar la revelación de que no estaba tan sola en el agua como había creído.

Y por el sobresalto de los ojos del desconocido al encontrarse con los suyos cuando ella giró instintivamente hacia él, a no más de veinte brazadas de distancia.

Eleni se llevó la mano al pecho y lo miró.

Por un momento él también.

¿Tan sorprendido como ella?

No parecía muy conmovido.

La noche era demasiado oscura para que Eleni pudiera verlo con claridad. Se hizo una impresión más que una imagen: la simetría del rostro acentuada por las sombras;

aquellos ojos que le sostenían la mirada... Pero le bastó para estar segura de que él había estado mucho más atento a su presencia que ella a la suya.

Arqueó una ceja indignada.

¿Él sonrió?

Estaba segura de que sus labios habían esbozado una sonrisa de disculpa.

No tuvo tiempo de decidirse. La chica de blanco volvió a llamarlo: “Otto, *¿wo bist du?*”. Con una mirada de soslayo en su dirección, él saludó a Eleni con un “*Guten Nacht*” (ella lo entendió) y se marchó surcando el agua en dirección a la orilla.

Demasiado aturdida para moverse, Eleni lo vio irse.

Nadaba rápido. Sus brazadas, limpias y seguras, casi no hacían ruido. Ella comprendió, vagamente, por qué no se había percatado antes de su presencia.

Pero ¿cuánto tiempo hacía que él se había percatado de la de ella?

Le dio vueltas a la pregunta sin hallar una respuesta; le prestó atención mientras él llegaba a las rocas y se alejaba del mar. Su espalda era ancha y musculosa; sus movimientos, seguros y atléticos. La mujer le lanzó una toalla y él la recogió. Evidentemente también bromeó porque la mujer se echó a reír y sus carcajadas atravesaron la noche. Al oírlos, Eleni tuvo una extraña sensación: el vacío de estar excluida. En el silencio que siguió, al recrear en su mente la sonrisa de Otto —ahora estaba segura de que había sido una sonrisa—, se dio cuenta de que deseaba saber lo que él acababa de decir.

Pero mucho más que eso, deseaba salir del agua: se estaba congelando.

Con un suspiro de resolución, obligó a su cuerpo frío a ponerse en movimiento. Nadó tan rápido como Otto sin volver a mirarlo, sin saber si él le devolvía o no la mirada.

Cuando se dio cuenta de las ganas que tenía de comprobarlo, ya era demasiado tarde; había llegado a la orilla y vadeaba por los bajíos con la ensenada rocosa de Nikos oculta a la vista.

Miró hacia allí, cada vez más intrigada por Otto y la chica.

Pensó que podría interrogar a su *papou*. Le castañeteaban los dientes, así que recogió la toalla y el albornoz y, envuelta en ambos, echó a correr hacia la villa.

No oyó más ruidos mientras subía, ni crujidos, ni pisadas. Solo cuando se cruzó con un gatito, acurrucado en lo alto de la escalera, recordó el chasquido de la rama que la había detenido en seco.

—¿Eras tú? —preguntó al pequeño animal y lo alzó en brazos. El gatito maulló lastimero; tenía una pata trasera manchada de sangre.

—¿Quién te hizo esto?

Otro maullido.

Lo acunó contra el pecho y se lo llevó de vuelta a la luz de la lámpara de su *papou*.

—No traigas a ese animal aquí —le dijo él desde la terraza, ahora llena de humo.

—Está herido.

—Así es la vida.

—*Papou*, eres médico...

—De humanos.

—Solo échale un vistazo.

—¿Y a todos los otros gatos de la isla?

—Por favor, mientras me cambio. No tardaré.

No tardó.

Y, mientras ella y su *papou* cenaban bajo las estrellas y el gatito, ya limpio de sangre, ronroneaba a sus pies (“¿Cómo lo llamaremos?”, preguntó. “Nada”, dijo Yorgos. “No es un buen nombre”, observó ella), Eleni mencionó a los alemanes que había visto en la villa de Nikos Kalantis. Yorgos sabía

muy poco de ellos, solo que formaban parte de la familia que había llegado esa mañana desde Berlín para pasar el verano: los Linder.

—¿Amigos del señor Kalantis? —preguntó.

—Esperemos que sean mejores que eso —dijo él; frunció el ceño para regañarla por haber arrojado al suelo restos de pescado para que se los comiera el gatito.

Eleni lo ignoró, pero dejó pasar el asunto de los Linder y de Nikos Kalantis; sabía que él solo estaba de mal humor porque ella había sacado el tema de su vecino. Llevaban toda la vida peleados: una disputa por la tierra que se remontaba a varias generaciones. La isla estaba plagada de conflictos familiares. Se contaba que la abuela de Eleni había sido buena amiga de Nikos antes de morir demasiado joven, cuando la madre de Eleni era una niña (un rasgo familiar preocupante), pero ni siquiera ella había sido capaz de curar las desavenencias entre ambos hombres. En todo caso, Eleni sospechaba que la amistad de su abuela con Nikos había empeorado las cosas. También había ocurrido un incidente relacionado con su madre durante la Gran Guerra; Nikos la había tratado muy mal, Eleni no sabía por qué (“¿Crees que un hombre como él necesita una razón?”, le había dicho Yorgos cuando ella le insistió), pero se trataba de otra cosa que Yorgos nunca podría perdonar y que odiaba recordar. Eleni había dejado de pedirle que se lo contara.

Dejó caer más pescado para el gatito y continuó la conversación para volver a ponerlo de buen humor: mencionó los rumores que circulaban sobre el romance del rey Eduardo con la estadounidense divorciada Wallis Simpson y le dio la oportunidad que necesitaba —aunque Yorgos no era monárquico, pero sí todo un moralista— para desahogarse sobre los valores, el deber y la importancia de la modestia. (“Realmente va a odiar mis pantalones cortos”,

pensó Eleni). Mientras él hablaba —pasando de Eduardo a la recién restablecida monarquía griega, de la furia porque los griegos apoyaban a otro posible dictador europeo en Atenas, el general Ioannis Metaxás, a la grata noticia de que Dimitri, el dueño de la cafetería del puerto en la que Eleni había trabajado de camarera el verano anterior, había llamado para ofrecerle de nuevo un empleo—, ella hizo todo lo posible por seguirle el ritmo y se esforzó por sonreír ante los gestos de su abuelo, hasta olvidarse por completo de su encuentro acuático.

Pero más tarde, tras dejarse caer en el colchón con una lámpara de aceite parpadeante en la mesilla de noche y el gatito acurrucado en un cojín junto a la puerta, su mente se trasladó una vez más al recuerdo del rostro de Otto en la oscuridad. La calidez de su voz. *Guten Nacht*. Miró sin ver el techo descascarillado, escuchó el crujido de los postigos y no pensó en su madre, sino en él, en su villa y en qué relación podría tener con él la chica de blanco.

¿Una hermana?

¿La novia?

¿O la prometida?

Le pareció mejor pensar que era la hermana.

Se rio un poco de sí misma porque le importaba.

Después se puso de lado, apagó la lámpara y se preguntó cuánto tardaría en volver a verlo.